

***El erudito y la esfinge. En torno al vínculo
entre Unamuno y Menéndez Pelayo. Mariano
Saba. Buenos Aires. Eudeba. 2024.***

Álvaro LEDESMA DE LA FUENTE
Universidad de La Rioja
ORCID: 0000-0003-1742-8399

Hay un Unamuno que conocemos bien: el Unamuno maestro. Maestro de toda una generación, figura central del pensamiento español en la Edad de Plata, rector de la Universidad de Salamanca, formador de filósofos, críticos y filólogos, profesor de lengua griega y, como subrayó María Zambrano, digno merecedor del apelativo de *don*¹. Resulta menos conocida, en cambio, su faceta de discípulo, de intelectual en formación, más allá de sus notas críticas sobre buena parte del profesorado de la Universidad Central de Madrid entre 1880 y 1884. El ensayo *El erudito y la esfinge*, de Mariano Saba, nos invita a redescubrir este perfil: un Unamuno lector ávido, crítico exigente e intérprete contradictorio, al tiempo que propone reconsiderar la genealogía intelectual que sitúa a Menéndez Pelayo como organizador de la cultura literaria española de la época y examinar la manera en que Unamuno se enfrenta, dialoga y confronta con esa herencia.

El ambiente académico de finales del siglo XIX es decisivo para comprender la formación intelectual y filosófica de Miguel de Unamuno, pues fue en ese contexto de transición donde comenzaron a definirse los contornos de su pensamiento. El neotomismo y el tradicionalismo dominaban entonces el panorama

¹ «En la España en la cual me tocó vivir mi juventud, llegar al don era a lo más a que un español podía llegar».

filosófico y político, configurando un entorno intelectual muy influido por la ortodoxia católica. El krausismo emergía tímidamente como una alternativa reformista, aunque su recepción se veía obstaculizada por las resistencias de una administración conservadora. La presencia del positivismo, por su parte, revestía una significación política relevante: se oponía a la metafísica que sustentaba los discursos del tradicionalismo político y religioso y, al mismo tiempo, ofrecía una visión secularizada del mundo, abriendo así un horizonte de emancipación intelectual que marcaría a toda una generación.

Este marco filosófico e ideológico permite contextualizar con mayor claridad la relación intelectual entre Unamuno y Menéndez Pelayo. En *El erudito y la esfinge* Mariano Saba traza un riguroso análisis comparativo entre dos figuras contrapuestas: el erudito santanderino, bibliófilo y compilador de un canon literario nacional, y el filósofo y escritor salmantino, que tensiona y subvierte dicha tradición desde una perspectiva crítica. Además de profundizar en el vínculo académico que los unió como profesor y alumno², Saba reconstruye las líneas de continuidad y ruptura que marcan su relación intelectual mediante, un sólido aparato teórico procedente del análisis literario contemporáneo, en el que destacan aportaciones como el concepto de *episteme* de Foucault, la noción de *campo intelectual* en Bourdieu o las teorías narrativas e historiográficas de, entre otros, Hayden White, Gonzalo Navajas, José María Pozuelo Yvancos o Luis Beltrán.

La relación de Unamuno con la obra de Menéndez Pelayo se articula en una ambivalencia fecunda, donde a la admiración se suma una crítica profunda a sus fundamentos intelectuales. No se trata de una réplica ideológica superficial, sino de una contradicción genuina ante quien reconoce como maestro. Aunque Unamuno hereda parte del legado menendezpelayino pronto adopta una interpretación herética, marcada por el rechazo del sistema, la desconfianza hacia el método de clasificación erudita y la búsqueda de una relación viva y existencial con la tradición. Menéndez Pelayo representa al erudito que construye el canon, Unamuno al escritor

² Marcelino Menéndez Pelayo, que a la sazón ejercía como miembro de tribunal, participó tanto en el examen de grado de licenciatura de 1883 como en la oposición a cátedra en Salamanca de 1890.

que lo interroga; el primero se erige como guardián de la tradición y sistematizador del saber, el segundo como discípulo heterodoxo que cuestiona la autoridad del maestro. Esta oposición ejemplifica el reacomodo generacional de la intelectualidad española a fines del siglo XIX, en un momento en que muchos jóvenes pensadores percibían una fractura insalvable respecto de sus predecesores.

Pese al gran respeto intelectual que siente, Unamuno se refiere en ocasiones a Menéndez Pelayo con deferencia, e incluso sostiene que sostiene que su figura encarna un pensamiento destinado a ser superado en nombre de la modernidad. Esta crítica cuenta también con un registro paródico y satírico, como se evidencia en su artículo de 1899 «Joaquín Rodríguez Janssen» o en el personaje de Antolín Sánchez Paparrigópulos de *Niebla*, un erudito solitario que «por timidez de dirigirse a las mujeres en la vida y para vengarse de esta timidez las estudiaba en los libros». En ambos casos, Unamuno caricaturiza al estudioso obsesionado con el dato trivial, inmerso en una historia de lo oscuro o incluso de lo inexistente, cuyo impulso clasificatorio lo conduce a una búsqueda de totalidad tan exhaustiva como destinada al fracaso.

La resistencia de Unamuno al intelectualismo y al historicismo de Menéndez Pelayo responde, según Saba a una transformación epistémica de fondo, en el sentido que Foucault plantea en *Las palabras y las cosas*. La construcción literaria articulada por Menéndez Pelayo, aunque fragmentaria en su desarrollo, logra establecer un canon al suturar los vacíos de la historiografía nacional. Su proyecto, atravesado por la tensión entre positivismo y romanticismo, se configura como una empresa desmesurada, inacabada y en perpetuo devenir, guiada por un impulso clasificador que aspira a abarcar la totalidad de la tradición literaria. En contraste a esta erudición sistemática, Unamuno propone una lectura crítica fundada en la distinción entre lo muerto y lo vivo, en la que se cuestiona la acumulación libresca, la sacralización del texto como objeto y la reducción del saber a vulgar clasificación. El proyecto del santanderino se articula en torno a una lógica taxonómica inspirada en las ciencias naturales: clasificar, describir y juzgar los materiales del espíritu español con el fin de destilar en ellos una pretendida esencia nacional. Esta figura del crítico como lector fundacional, que es capaz de organizar el saber en un sistema cerrado, es objeto de sospecha para Unamuno, quien percibe en ese afán clasificatorio

una forma de superficialidad que margina la dimensión orgánica y viva del conocimiento. Denuncia que esta actitud estéril disuelve el sentido clásico y *agónico* del texto, impidiendo que el lector actual entable un vínculo directo entre la herencia pretérita y las inquietudes de su presente. De ahí su retrato del erudito menéndezpelayano como un arqueólogo incapaz de percibir la vitalidad de lo contemporáneo: una figura que olvida que los libros no son fines en sí mismos, sino medios para activar la experiencia, el pensamiento y la vida.

Una tesis central que Unamuno opone a su maestro es que la filosofía española no debe buscarse en tratados sistemáticos, sino que ha estado siempre presente en su literatura. A partir de esta convicción formula otras proposiciones fundamentales que confrontan de forma explícita con la perspectiva de Menéndez Pelayo: la necesidad, de raíz antirracionalista, de dismantlar las pretensiones del positivismo historicista; la denuncia de la falacia que supone fundar una filosofía nacional únicamente en la labor archivística o la crítica al peso del tradicionalismo como freno a la incorporación de modelos filosóficos y científicos más abiertos, permeables a una comprensión cordial, vital y no dogmática del pensamiento. En este marco de oposición, adquiere también relevancia el lugar que deben ocupar Don Quijote y Cervantes en el canon nacional. Frente a Menéndez Pelayo, que defiende una lectura histórico-crítica de la obra, atenta a la intención original del autor y a su sólida formación clásica, Unamuno propone una interpretación espiritual y simbólica del personaje, a quien concibe como encarnación del alma trágica del pueblo español, y cuya lectura cuestiona, en sintonía con lo que décadas más tarde plantearían los teóricos de la Escuela de Constanza, el supuesto valor hermenéutico de la intención del autor. Ensayos como «El Caballero de la Triste Figura» y «¡Muera Don Quijote!» reflejan esta apropiación vitalista y antierudita, en la que el héroe cervantino se convierte en emblema de la lucha interior contra los límites de la razón y del espíritu científico.

El diálogo entre Unamuno y Menéndez Pelayo que nos presenta Mariano Saba en *El erudito y la esfinge*, más que una simple oposición entre maestro y discípulo, revela una tensión fértil entre dos modelos de comprensión del legado cultural español. Como señala Luis Beltrán, esta diferencia puede entenderse en términos de

horizontalidad y verticalidad: si el arqueólogo Menéndez Pelayo construye una historia literaria horizontal, centrada en el dato documental y en la organización enciclopédica del saber, Unamuno reivindica una historia vertical, orientada a la interpretación y a la resonancia simbólica de los textos. En disputa con la erudición acumulativa, el profeta Unamuno propone una lectura encarnada y vitalista, en la que el ensayo —de estilo vivíparo y subjetivo— se convierte en forma privilegiada para acceder a la Intrahistoria, ese trasfondo espiritual que, a su juicio, constituye la raíz fundante de España. Esta crítica al sistema de Menéndez Pelayo, en definitiva, no implica una negación del pasado, sino una reapropiación activa de la tradición y una renovada estrategia de lectura capaz de proporcionar un sentido nuevo al presente.